

Aunque mi admirado Dalmacio Negro²² diga que en el Estado de partidos no exista propiamente hablando opinión pública, porque el votante se limita a elegir de entre lo que se le ofrece, conviene algún matiz. Pues sabemos que mientras no demos con algo mejor, los partidos políticos, de los que cabe decir tantas cosas críticas, son, hoy por hoy, piezas imprescindibles para el buen funcionamiento de la democracia. No conviene concluir con pesimismo que la opinión esté definitivamente corrompida porque también el público tiene elementos para discernir; ese público que no siempre es reflexivo está lejos sin embargo de ser imbécil, en buena parte porque en muchos países se han acortado las distancias económicas y educativas y también porque los medios, que abren una ventana al mundo, son varios y plurales. Tratar de conseguir y mantener ambas cosas es un empeño de los mejores modos democráticos.

Ahí está como ejemplo de lo que digo el fracaso de muchas encuestas que nos pone de manifiesto cómo el elector se produce con un alto grado de autonomía frente a ellas y al contenido de los medios, incluidos los de última generación, como Internet, por ejemplo: los grupos pacifistas lograron una movilización masiva contra la última guerra en un centenar de ciudades de treinta países gracias a sus mensajes en la Red, pero el resultado en las urnas poco tuvo que ver con las manifestaciones callejeras. Después de todo parece que a Condorcet no le faltaba razón al definir la opinión pública como «tribunal independiente de todo poder humano, al que resulta difícil ocultarle nada y al que es imposible sustraerse». Recordemos también, aunque sea de pasada, el creciente protagonismo de lo que se ha dado en llamar la sociedad civil, Tercer Sector, actuando más o menos espontáneamente o través de organizaciones.

Otro riesgo, que sería el quinto, sí que nos llevaría aún mas lejos. Me limito por ello a apuntarlo y dejarlo ahí sin mas. Hablo de los efectos de la globalización y sus consecuencias, tales como la crisis del Estado-Nación, la aparición de órganos supranacionales que demandan sus propias reglas democráticas, el paso de poder a fuerzas económicas sin control, etc, etc. No quiero sin embargo dejar de prevenir contra las exageraciones y las afirmaciones de certeza aparente pero insuficientemente probadas. Me ocupé de todo esto mas por extenso en otra ocasión²³.

Por supuesto que quedan numerosos riesgos de los que llamé circunstanciales: he aquí algunos de ellos.

²² *En La Razón*, 3 de junio 2003.

²³ *Francisco Sanabria Martín*, «La sociedad de la información: la era digital», en *Algunas cuestiones clave para el siglo XXI*, FCC/Rubiños, Madrid, 2000, pp. 39 ss.

La democracia es hoy indirecta y de segundo grado. No podía ser de otra manera en sociedades numerosas y complejas como las nuestras, por eso esta especie se ha manifestado como la mejor posible y ha dado lugar al parlamentarismo: los más votados eligen el gobierno y todos dan luego cuentas a los electores que aprueban o desaprueban su actuación en elecciones posteriores. Se dice que el sistema ha degenerado porque sobre los parlamentarios mandan los partidos políticos respectivos a los que pertenecen, que sólo actúan en plenos parlamentarios los portavoces y el resto se limita a votar disciplinadamente. Son cuestiones pertinentes en este sentido, la mejora de los vínculos que unen a representantes y representados, la del sistema parlamentario en su funcionamiento, reforma electoral, reducción del poder de las oligarquías en los partidos políticos, listas abiertas o cerradas, pactos postelectorales...

Algo más: la democracia actual se centra en los medios, vivimos una democracia mediática, a la que nos es ajena esa «hipermediatización» de que nos habla Dominique Wolton, y que en ocasiones puede ser y es «infrainformación» por utilizar la frase de Jean Louis Servan-Schreiber, sin contar la politización de los medios como disfunción para la opinión pública²⁴. Las nuevas tecnologías de la comunicación que la facilitan entre electores, elegibles y elegidos como nunca anteriormente, hace también a éstos esclavos potenciales de la opinión: Sartori y Alain Minc se han ocupado de esto largamente y a ellos remito²⁵. Nace así una tendencia espúrea a gobernar condescendiendo a lo que las gentes quieren o el político cree que quieren, porque ambas cosas no siempre coinciden. Viene de este modo un vasallaje a las encuestas, sondeos, métodos de prospección social, que no son ciertamente el Oráculo de Delfos, pero a los que no puede negárseles alguna forma de orientación para actuar.

Algo dije antes sobre este extremo que conviene quizás rematar: todos los instrumentos sociales citados arrojan referencias que pueden ser valiosas siempre que no olvidemos dos cosas: en primer lugar, que las actitudes son cambiantes, evolucionan, se modifican porque son modificables en sí mismas mediante las razones del gobernante que al elector le parezcan sólidas y fiables; en segundo lugar, que la convicción de que algo puede ser necesario para el bien común y útil para la sociedad debe primar para cualquier político honrado y consciente, que antes o después –a veces «muy

²⁴ Cf. Alejandro Muñoz-Alonso, ponente, La oferta informativa en la democracia mediática, FAES, 26 de febrero 2001.

²⁵ Giovanni Sartori, Homo videns. La sociedad teledirigida, Taurus, Madrid 1988. Alain Minc, L'ivresse démocratique, Gallimard, París, 1995.

después» para los ambiciosos e impacientes— se verá beneficiado por su postura.

Creo que no viene mal, para acabar, traer aquí un titular del *International Herald Tribune* de 28 de febrero de 2003, muy significativo a este respecto: *Europe is caught between the U. S. and public opinion*, y hemos visto y seguiremos viendo los desiguales resultados de esa tensión. En todo caso, conviene no olvidar lo que dijo Pompidou: «Un estadista es una persona que se pone al servicio de su país; un político es el que pone al país a su servicio».



Buenos Aires: Puerto Madero.